

Jueves 5 de Marzo de 1840.

EL ENTREACTO.

PERIODICO DE TEATROS, LITERATURA Y ARTES.

Sale jueves y domingos. Los suscritores reciben gratis todos los meses un drama nuevo, y una hermosa estampa, y tienen entrada en un gabinete particular de lectura, establecido en la calle de Preciados, núm. 19. Los que se suscriben por trimestre reciben además otra estampa litografiada o grabada en acero, la cual les será repartida de tiempo en tiempo, igualmente gratis.

Se suscribe 38 rs. mensuales, 20 por trimestre y 28 para las provincias franco de porte.

Puntos de suscripción. En el despacho del periódico, librería de su editor D. IGNACIO BOIX, calle de Carretas, número 8. En las provincias en todas las principales librerías y administraciones de correos.

**¡Ni sociedad sin literatura,
ni literatura sin sociedad.**

Discurso inaugural pronunciado por DON MIGUEL AGUSTIN PRINCEPE en la apertura de la Universidad literaria de Zaragoza el día 18 de octubre de 1838. (1)

ILUSTRISIMO SEÑOR.

Quando tuve el honor de ponerme al frente de la cátedra elemental de Literatura en esta universidad literaria, confieso injenuamente que no dejé de arredrarme la importancia de la misión cuyo desempeño me fue confiado. En vano desde mis primeros años había sido la literatura el objeto esclusivo de todos mis afanes; en vano me había dedicado constantemente á la indagación de los principios fundamentales del gusto y de la belleza: nada bastó á acallar en mi pecho el temor que me inspiraban las dificultades que ofrece mostrar á la juventud el verdadero camino que debe seguir en estudio tan ameno como importante. Hubo un tiempo tal vez en que la literatura pudo ser considerada como arte de puro adorno: su enseñanza entonces no ofrecía las mismas dificultades que ahora, porque las cátedras erijidas con este objeto no merecían otro nombre que el de simples Aulas de Humanidades, ó sea de Retórica y Poética: con estar adornado el profesor que las desempeñaba de los conocimientos relativos á estos dos bellos ramos del saber humano, ni se necesitaba otra cosa, ni se pedía más. Pero en el día no así: el siglo ha elevado estos estudios, acaso sin saberlo, al grado de una institución social. El que no considere en ellos una necesidad verdaderamente pública, y una exigencia motivada por la nueva marcha que las sociedades humanas han emprendido hacia su regeneración, es en mi concepto corto de vista, ó no ha meditado este asunto con la atención que se merece.

¿Qué es la literatura en la época actual? El ilustrado Claustro lo vé. Dos partidos rivales, dos escuelas encarnizadamente enemigas se disputan el imperio del mundo literario. Eminentes y grandes pensadores son los caudillos de la una; eminentes y grandes tambien los que se ponen al frente de la otra: en contra de un estandarte bajo muchos conceptos respetable, se eleva otra bandera distinta y respetable tambien: unos señalan como principios elementales de gusto y de belleza rasgos constitutivos que otros contradicen: estos muestran con el dedo el modelo único en su concepto, que la literatura debe seguir; mientras aquellos, anatematizando la presunción con que los

ven erijirse en maestros de los demás, muestran por su parte otro modelo que á la vez es anatematizado por el partido contrario. ¿Qué significa esta pugna? Por qué combaten con tanto calor los apóstoles de ambas escuelas? ¿No es un fenómeno verdaderamente admirable la existencia de una lucha poético-literaria tan encarnizada y tan acre, en un siglo que parece engreirse con el dictado de eminentemente positivo? ¿Es posible creer que los intereses que en ella se controvierten sean puramente literarios, y nada mas que literarios? El auditorio que me escucha recordará que mas de una vez se ha derramado sangre en las naciones á consecuencias de disputas sobre la inteligencia y acepción de tal ó cual palabra, y sobre el verdadero sentido en que debía recibirse esta ó la otra frase. Creer que semejantes cuestiones constituyan una controversia puramente gramatical, sería un error inconcebible, así como lo sería suponer que la oposición y anatema con que fué recibido el sistema de Copérnico eran nacidos solamente del antagonismo con que la secta aristotélica miraba á la escuela de Bacon. La física, ilustrísimo señor, era entonces la máscara con que se encubrían los combatientes por la libertad del pensamiento y los que pugnaban por mantenerle en perpetua abyección, así como tambien, cuestiones puramente gramaticales á primera vista fueron un tiempo la arena en que se controvirtieron principios esencialmente religiosos y políticos. De la misma manera, la inmensa cuestión literaria que se ventila ahora, mas que á los anales de la literatura, pertenece á mi modo de ver á los de la filosofía y de la humanidad, y á la historia del porvenir de las naciones.

El mundo, señores, acaba de ser testigo de la revolución mas grande y mas terrible que jamas ha agitado á los pueblos. La lucha de las dos civilizaciones antiguas en tiempo de Alejandro, la pugna de principios opuestos acaecida despues de la aparición del cristianismo, la inmensa mutación verificada en la marcha social á consecuencia de la irrupción de los bárbaros del norte, la nueva dirección finalmente dada á esa misma marcha merced á la aparición de un pueblo conquistador salido de la Arabia, habían sido hasta ahora los acontecimientos mas ruidosos, y que mas altamente interesaran los destinos de la humanidad. Pero ninguno de ellos, si se exceptua por supuesto el de la venida del Hombre-Dios, se ha presentado á la especie humana con caracteres de importancia iguales á los de la revolución francesa. Ella fue la que hizo despertar á los pueblos del letargo que hasta entonces los había agoviado, y en medio de los infinitos horrores, estragos y sangre que un suceso de esta naturaleza no pudo menos de producir, vióse á la humanidad emprender su marcha hacia la emancipación de un modo nunca observado hasta aquella época, y con anuncios inequívocos de no abandonar su camino. Todo se resintió de este inmenso progreso: ciencias, artes, costumbres, conciencia, todo pareció recibir nueva vida, todo se identificó con el siglo, digámoslo así. ¿Cómo era posible que la literatura permaneciese estacionaria? ¿Cómo sufrir el genio las ca-

(1) Este discurso fué leído en unas de las primeras sesiones artísticas del Liceo de Madrid, con objeto de promover alguna discusión sobre los principios fundamentales de la literatura; y habiendo manifestado varios de nuestros suscritores deseos de verlo impreso, lo insertamos en nuestras columnas.

denas cuando todo pugnaba por emanciparse de la esclavitud?

La literatura moderna ha sido pues efecto necesario de esa inmensa revolución, porque siendo la época nueva, nuevas debían de ser también hasta cierto punto las musas que la cantasen. Pero sucedió con ella lo que con todas las cosas, á saber, mancharse con los horrores que acompañaron á la revolución. ¿Y como era posible que no sucediese así? Cuando los pueblos llegan á destrozar el yugo que los ha agobiado durante mucho tiempo, sucede en ellos el mismo fenómeno que en las barras elásticas, las cuales doblegadas una vez no solo vuelven atrás cuando cesa la mano que las encorvó, sino que en fuerza de su propia reacción se inclinan por sí mismas hacia la parte opuesta á la que recibieron el impulso. La ley de acción y reacción, no es solo un fenómeno físico sino también una ley moral. Así es que escarmentados los hombres de los infortunios que les deparó su necia credulidad, emprendieron el rumbo contrario, y dudaron de todo; fueron fanáticos y se hicieron ateos; sufrieron el mas horrible despotismo, y se entregaron á los excesos de la mas espantosa anarquía. Hechos son estos á la verdad de que ninguno duda: una rápida ojeada sobre la historia moderna de esa nación vecina, basta á convencernos de su certeza y autenticidad. La literatura pues, participó de los mismos extravíos, y de aquí la lucha entablada entre los mantenedores del nuevo sistema y los enemigos de toda innovación. Ella es en la actualidad la arena en que combaten dos civilizaciones opuestas; á ella se acogen las tradiciones y las costumbres; ella es el campo de Agramante en que se baten cuerpo á cuerpo todas las sectas filosóficas; en ella se ventilan los dogmas y las creencias; de ella depende en fin la fórmula que ha de comprender el destino ulterior de los pueblos. En medio de este combate encarnizado, y de la intolerancia con que unos y otros se miran, el ilustrado gobierno que nos rige, no pudiendo desconocer en manera alguna la importancia de la cuestión literaria que ocupa á los mas insignes pensadores de la Europa entera, erige en las universidades del reino, no ya una simple academia de oratoria, sino una cátedra nueva que corone los estudios filosóficos, y en la cual se muestre á la juventud la marcha literaria que debe emprender. Lo cual en mi concepto equivale á decir: «jóvenes, formad vuestro corazón: profesores, tomad á vuestro cargo la difícil é importante tarea de manifestar á vuestros alumnos cual de los dos partidos literarios va errando, y cual de los dos acierta; quiénes son los hombres grandes cuyas doctrinas deben preferirse á las de otros hombres igualmente grandes; cual es en una palabra la verdadera senda que se debe adoptar en medio de los innumerables precipicios que se abren á nuestros pies.» Ved ahora, señores, si mirada la cuestión bajo este punto de vista, y estimándola en toda la importancia que se merece, debía arredrarle ó no el desempeño de mi cátedra. ¿Quién puede asegurar á alguno que en medio de tantos errores como afrentan á los dos partidos, el solo es el que ha encontrado la verdad? ¿Quién es el que se halla dotado del criterio suficiente para distinguir los vicios de los aciertos, en medio de la aberración de ideas y del vértigo que á unos y otros fascina? ¿Dónde se halla por fin el literato que pueda juzgar con imparcialidad á los demás literatos, y que impassible como el historiador, pueda decir con verdad, *á ningún partido pertenezco*? Pues ese es cabalmente el hombre que se necesita para la enseñanza de la literatura en la época actual.

(Se continuará.)

Un entracte entre bastidores.

Lo mas fastidioso del mundo, despues de los discursos de algunos periódicos y de una comedia casera, es un entracte. Un autor lo ha dicho, el tedio nace en el teatro entre un caer y alzar el telon; pero ese mismo rato que es tan fastidioso para el público es animadísimo y, lleno de

lances para los que estan entre bastidores. Mientras que en el teatro está sumergido el público en una especie de letargo, detras del telon reñia una continua actividad. ¡Es cosa digna de ver tanta gente trabajando afanada por complacer al público! ¡Cómo corre y se azora! Una multa amenaza á todos los que no desplieguen el celo y ardor necesarios para mudarse de trages de pies á cabeza en dos minutos, cambiar decoraciones y preparar otras mil cosas que exige la ilusión escénica. El entracte del foro difiere enteramente del entracte del público.

Para convencer á nuestros lectores de esta verdad, voy á llevarlos de la mano y á ponerlos detras del telon de boca que cierto especulador habia ideado cubrir con anuncios de todas clases, vasto mosaico conque se entreteñia el público en los entractos: ¡Vaya que los especuladores tienen singulares ideas!

Pero supongamos que ya estamos en el teatro cuando acaba de bajarse el telon, y examinemos lo que pasa en torno nuestro. Primeramente coloquémonos de modo que no estorbemos á los maquinistas en la prontitud de sus marchas y contramarchas, porque necesitan estar á sus anchuras y hacen llover sobre la persona que les embaraça una granizada de golpes sin distinción de edad, sexo, ni condicion. El mismo director de escena no está exento de este peligro, y si no se retira pronto sufre la humillación de verse tratar como un simple papanatas por estos nuevos directores. Los veis lanzarse por todas partes, apoderarse de las decoraciones, y arrastrar quien un árbol, quien una roca ó un lienzo de pared, atropellando y derribando cuanto hay delante, sin molestarse siquiera en dar un aviso?

Desgraciado el que no se desvia prudentemente durante el trastorno de esta naturaleza facticia! Estrechado por todos lados, la fuga le es imposible. En vano cree ver una salida para escapar; una chimenea se le pone precipitadamente delante y le corta el paso. Quiere volver atrás y descendiendo una gloria de lo alto de las nubes se desploma sobre su cabeza y le priva completamente de la luz, haciendo desaparecer sus ojos en las profundidades del sombrero. Por feliz se puede tener si se liberta de que se abra una trampa á sus pies y le haga bajar al abismo.

El maquinista principal, único actor en este caos universal, manda maniobrar con la sangre fría de un hombre acostumbrado á ver todos los elementos sujetos á su poderío. Solamente él tiene derecho para levantar su voz en esta confusion espantosa. Sus órdenes son siempre breves, precisas y pronunciadas en una gerga casi ininteligible. Oigámos lo que dice.—Ola!... Bajad el rastrillo... levanted el techo, las bambalinas; retirad ese cielo, vivo.— En la mano tiene un martillo á guisa de baston de comandante, del que se sirve para introducir algun clavo ó para cerrar una tronera.

En un abrir y cerrar de ojos ya está formada la decoración, y puesta cada parte de que se compone en su lugar respectivo. Con la misma presteza se arrastran, se reñen y se preparan los materiales necesarios para el acto siguiente.

Pero salgamos de nuestro rincón, porque ya podemos hacerlo sin peligro, y reunámonos á los paseantes que invaden la escena, desembarazada de todo obstáculo. Observad cual corren todos á inspeccionar á los espectadores por el agujero del telon. Cada cual quiere ver al público que es entonces el actor. No falta entre los curiosos, quien solo mira por ver á 1000 ó 1200 personas hostezando á cual mas. La actriz se asegura de la asistencia de sus parciales; el autor de sus amigos; el primer galán, seductor admirable, atisva á todas las señoras del teatro; y el director ó empresario, examinando con vista inquieta el número de asientos vacíos, hace un cálculo aproximado de la suma de dinero que se habrá recogido.

Dejemos por un momento la escena, y vámonos á los corredores que conducen á los cuartos de los artistas. Por todas partes se oyen gritos de impaciencia, y llamar los de un cuarto á los de los otros. Una actriz llama á la modista, otra reniega del peluquero. El autor, esta segunda potencia del teatro, va y viene para estimular el celo de todos.

Este es el momento de su martirio. Cubierto del sudor que cae abundantemente de su rostro, corre afanoso imponiendo multas por aquí y repartiendo reprimendas por allá.

— ¡Cómo señorita! aun no está vd. dispuesta y ya se va á dar la señal para principiar? Me verá en la triste necesidad de imponer á vd. la multa que previene el reglamento.

— Ya no me falta mas que prenderme un alfiler, responde esta, esas modistas no acaban de vestir jamas; Qué baraja de teatro!

— Oiga vd. esclama otra: haga vd. que venga pronto el peluquero. Ya hace una hora que esta con Sofía y yo salgo antes que ella.

Otro de los personajes que hacen un gran papel en los entreactos, y del que nos olvidábamos, es el bombeo. Armado con una larga pértiga en cuya punta, hay una esponja mojada, registra todos los rincones, aplicando un pronto remedio donde vé el menor peligro de fuego.

Pero de repente se oye una voz! — ¡Al teatro todo el mundo, que se va á principiar! A estas palabras se abren las puertas con estrépito; actores y actrices se precipitan fuera de sus cuartos y se dirigen á la escena, acabando su *toilette* sobre la marcha. Uno concluye de abotonarse las mangas; otra marcha seguida del peluquero que dá la última peinada á un bucle rebelde, y otra se estrega las manos para hacer parecer uniforme la capa de blanquete que las cubre, &c.

El público comienza á manifestar seriamente su impaciencia, se oyen gritos y silbidos en la galería; y en el patio, lugar ordinario del desorden y de la turbulencia, se patea y se bastonea levantando una nube de polvo.

No se ve tan animado el puente de un navio cuando el capitán manda con voz terrible el movimiento general del combate, como el interior de un teatro en semejante momento. En los dos casos es idéntica la situación; todos van á verse en presencia del enemigo disponiéndose á aparecer ante el con marcial continente.

Apenas se ha oído el grito de: *Todos al teatro!* cuando un campanillazo avisa á los músicos para que se preparen. Estos afinan los instrumentos, y dada la señal se principia la abertura. Los actores que deben estar en la escena al levantarse el telon, toman sus lugares respectivos, los otros se colocan entre bastidores para oír la señal de su salida. Los ociosos, que son siempre bastantes, á pesar del despejo que de ellos se hace continuamente, buscan un sitio desde donde puedan ver la funcion con comodidad. Unos se colocan entre bastidores; otros aplican el oído á alguna de las aberturas hechas con este objeto en el telon del fondo. El apuntador sale á su agujero y abre su manuscrito, mientras un silencio profundo reina en la escena. De repente se oye un grito de: *al telon!* Y el lienzo levantado por enormes contrapesos en que se apoyan cuatro brazos vigorosos, se eleva lentamente, y juntamente con él mil gritos confusos entre los cuales se oye: — *Sichtensel!* — *A la puerta!* — *Abajo los sombreros!* — *Chit!* — *Chissst!*

Finalmente se restablece poco á poco el silencio y principia ó continua la representación.

La inscripcion.

Cuando yo era chico tenia tal afición á todo lo que procedía de los griegos y romanos, como la tienen ahora otros que se jactan de hombres, á todo lo que viene de Francia. Mi maestro me habia enseñado á respetar á los genios de Grecia y del Lacio con tal entusiasmo y delirio, que pasando los límites razonables rayaba el culto en verdadera idolatria. Ahora han dado las gentes en decir que es malo cuanto no es francés, y entonces decia yo que era malo cuanto no se amoldaba exactamente, rigurosamente, matemáticamente á la pauta trazada por Homero y Virgilio. Aquel sabido axioma que dice, *el que no imite á los antiguos no será imitado de nadie*, era para mí una verdad inconcusa, irrefragable, evangélica, y en tales

términos me la habia recomendado el domine de mi escuela, que el mero hecho de desviarme en un ápice el mas pequeño de lo que los hombres de la antigüedad nos han enseñado, lo tenia por un delito horrendo digno de ser perseguido á sangre y fuego. Para mí no habia epopeya posible sino comenzaba *arma virum que rano*, ó *díc mihi, musa virum*, ni drama digno de ser escuchado si la unidad de tiempo no se ajustaba rigurosamente al giro del sol, ni poesia en fin que mereciese el nombre de tal sino venia acompañada de Cloris y Dametas y Cupidos y Venus y demas caterva gentilica. Dante era para mí un niño de teta solo por haberse atrevido á ser original; Milton un pelele por haber renunciado en su paraiso á la mitología pagana; Tasso otro que tal por haber sustituido los ángeles y el Padre eterno á los semidioses y á Júpiter. Era tal mi manía por último, que me rio de los maníacos de ahora para quienes todo es detestable menos Dumas, Byron y Victor Hugo. Mi mayor gloria era constituirme siervo de los antiguos, ¿por qué, como era posible que siendo antiguos hubieran podido estraviarse en lo mas mínimo?

Doliame en consecuencia de que los hombres de ahora no comiésemos, bebiésemos, vistiésemos y calzásemos á la romana y á la griega, ó al menos si esto no era posible, de que se hubieran perdido ciertas prácticas que á mí me enamoraban y de que el mundo parecia no hacer el mayor caso. ¿Por qué razon, decia yo, se han de comenzar nuestras cartas con las prosaicas espresiones de *señor don Fulano de tal: muy señor mio &c. &c.*? No era mejor aquello de *si vales bene est, ego quidem valeo*, y concluir la epistola con un *iterum atque iterum vale*, y luego poner en el sobre *M. T. C. Terentiae sud S. D.*? Por que han de saber vds. que lo que á mí me petaba eran las cifras, y sabia muy bien que *M. T. C.* significaba *Marcus Tullius Cicero*; *S. P. D.* saluten plurimam dat, y *S. P. Q. R.* *Senatus Populus que romanus*.

De mi afición á las cifras pasé á enamorarme de las palabras truncadas, y me parecia que el método de escribir las inscripciones por ese estilo era el non plus ultra del ingenio humano. Así lo habian hecho los griegos y romanos, y bastaba con esto para que el método fuese excelente. ¿Que importa que la posteridad se calabace para desentrañar el sentido de las inscripciones? En la oscuridad está el mérito, y sobre todo, las palabras á medias, sino satisfacen al juicio, divierten al menos los ojos.

Tal fué mi manía durante mucho tiempo, cuando un acontecimiento singular me hizo mirar con tedio las cifras y las palabras truncadas que hasta entonces habia mirado con delirio. Y no solo influyó en curarme de mi locura inscripcionil greco-romana, sino que contribuyó á hacerme mas cauto en materia de imitacion servil, convencíendome al cabo de que si los griegos y romanos merecen que los tengamos por modelos, como en efecto es así, no por eso hemos de creer que lo sean en todo, ni que deba ser anatematizado el que se desvie un ápice de sus prácticas mas insignificantes.

Fue el caso que habiendo muerto en mi pueblo un fraile muy afamado (aunque estoy seguro que ninguno de mis lectores tendrá de él noticia) llamado Onofre Joaquín de Cuellon se me antojó escribir una inscripcion para su sepulcro concebida en los siguientes términos: *Aquí yace el reverendísimo y nunca bastante alabado Onofre Joaquín de Cuellon: requiescat in pace*. Ya ven vds. que la inscripcion nada tiene de nuevo, ni encierra pensamiento que llame la atencion en lo mas mínimo, ni toda ella es otra cosa que una pura vulgaridad. Yo entonces no atendia á que la inscripcion fuese buena ó mala, sino á escribirla á lo antiguo. Grabé pues las palabras en una lápida de alabastro y las escribi así:

AQ. YAC

E. REV. Y. NUN. BAST. ALAB

ON. JO. DE. CUELLON

R. I. P.

Todos celebraron mi idea, especialmente el domine que siempre creyó tener en mí un hombre de provecho.

Bellos caracteres! exclamó entusiasmado: hermoso truncamiento de palabras ¡imitacion perfecta! Punto final al fin de cada cifra, menos en las que acaban los renglones! Asi escribian los romanos. Viva mi discipulo!—No dejó sin embargo de motejarme dos cosas: primera haber escrito la inscripcion en castellano, á lo cual contesté que en esto me habia separado de griegos y romanos, porque asi como ellos escribian en su lengua, creia yo que nosotros debiamos escribir en la nuestra. Esto no satisfizo al dómine. La segunda observacion que me hizo se redujo á motejar el apellido del reverendo, escrito con todas sus letras y no en abreviatura como las demas palabras. Respondí que lo habia hecho asi por evitar equivocaciones en el apellido. Tampoco se mostró satisfecho mi señor maestro con esta contestacion, pero me encargó la enmienda para otra vez, y la losa se puso en el cementerio.

A los dos meses tuve el dolor de ver borradas algunas letras, merced á las pisadas de los que pasaban por encima de la losa. Pero ¡cual fue mi rabia mezclada de risa cuando vi que las letras borradas eran nada menos que dos NN, una Ey una L del tercer renglon! El tal azar me hizo el hazmereir de las gentes como pueden vds. figurarse. Desde entonces acá no he vuelto á hacer una sola inscripcion á lo romano.

DON YO.

POESIA.

Imitacion de los metros del Excmo. señor don Angel Saavedra.

Un recuerdo de S...

¿Qué yermo páramo
Seno recóndito,
Oriscos áridos
Te ocultan? dí.
La vida tétrica
Que llevo huérfano
Consumo mi ánima
Lejos de tí.

Hermosas vírgenes,
Terrestres ángeles,
Corred solícitas
Traed mi bien:
Y tiernos ósculos
Mi labio trémulo
De puro júbilo
Dará á su sien.

Empero al bárbaro
Golpe, la víctima
De un ser tiránico,
¡Ay! sucumbió.
Y en los antípodas
Sus formas cándidas
Tal vez la misera
Nos ocultó.

Secas mis órbitas
No han llanto líquido,
Sollozos horribos
Forman quizás:
Y el labio cárdeno
Cual hora plácida
El último hálito
Pide no mas:

Y tú, ser célico,
Do quier que lánguida
Tornes los párpados
Véasme á mi;
Y á mis imágenes
Si das benéfica

Sola una lágrima
Seré feliz.

MANUEL JUSTO MENOR.

VARIETADES.

Tenemos entendido que la empresa de los bailes de máscaras del magnífico salon de Oriente va á rifar en la noche del domingo próximo 8 del actual y al tiempo de verificarse el baile que segun costumbre se da todos los años con el título de *Piñata* dos suertes, consistentes la primera en un aderezo de señora del precio de 4000 rs., y la segunda en un caballo valuado en 6000; entregándose al que salga agraciado, bien sea los mencionados objetos, ó su valor en metálico.

Teatros nacionales.

TEATRO DE LA CRUZ. El 22 del próximo pasado se ejecutó á beneficio de don Pedro Unanue *El Dominó nero* ópera en tres actos de *Auber*. Obtuvo un éxito regular y en su ejecucion los que mas se esmeraron fueron la señora Campos, el señor Salas, y el beneficiado.

TEATRO DEL PRINCIPE. Cuéntase hasta el dia la cuadragésima tertia representacion de *La redoma encantada* y llénase el teatro cuantas veces se ejecuta. Van á ponerse muy presto en escena dos comedias nuevas y originales. La primera que se titula *Lealtad de una muger* á beneficio del cuerpo de actores jubilados, y la segunda que lleva por nombre *El zapatero y el rey*, á beneficio de la primera actriz doña Bárbara Lamadrid. Sabemos tambien que dos autores ventajosamente conocidos han escrito para el beneficio de doña Teodora Lamadrid, dama jóven de la compañía, dos comedias tituladas *La visionaria*, y *Lances de Carnaval*.

TEATRO PRINCIPAL DE CADIZ. El 15 se puso en escena el drama en cinco actos, nominado *El castillo de san Alberto*. El 16 la comedia en dos actos *Las heroínas de Montereau* ó *Las colegialas son colegiales*, y la pieza en un acto conocida por *Asinus*, *asinum fricat* ó *los dos preceptores*, y por la noche el drama en cinco actos y seis cuadros titulado *Kean*, ó *genio y desorden*. El 19 á beneficio de doña Carmen Fenoquio se representó la comedia en tres actos de Melesville, titulada *La marquesa de Seneterre*. El 20 se representó la comedia en cinco actos del célebre Moreto, titulada *Conseguir con el desprecio lo que no pudo el amor*. El 21 Carlos 2.º el hechizado.

TEATRO DE MALAGA. El domingo 16 se ejecutó *La muda de Portici*, ópera seria en cinco actos. El 20 se volvió á poner en escena la comedia en dos actos original de don Luis de Olona titulada *Si acabaran los enredos?* A continuacion se presentaron los *Alcides* franceses á ejecutar varias suertes gimnásticas; y concluyó la funcion con la comedia en un acto, *La novia impaciente*. El 21, *Treinta años ó la vida de un jugador* drama en seis actos. El 22 *La muda de Portici* ópera seria. El 24 el drama titulado *El desertor ó la berlina del emigrado*.

TEATRO DE ZARAGOZA. El 21 se representó á beneficio de don Manuel Gonzalez el drama en cinco actos titulado *Roberto de Artevelde* ó *La rebelion de Flandes*. El 22 *Pablo el marino*, drama en cinco actos de Alejandro Dumas. El 25 y 26 se representó el drama nuevo en verso y original de don José Huici autor de *don Pedro el Cruel*, titulado, *doña Brigida de Luna*, habiendo sido llamado el autor á la escena la primera noche al principio del tercer cuadro, colmándolo el público de aplausos. El drama á gustado mucho, á pesar de su floja ejecucion y los inteligentes consideran como muy superior al *don Pedro el cruel*.

EDITOR, DON IGNACIO BOIX.

IMPRENTA DEL ENTREACTO.